

Tecnología, Renovación de la Flota e Integración Regional

El alto costo del desarrollo tecnológico en el área de la construcción naval y la constante y rápida evolución de las exigencias que plantean las sofisticadas amenazas inherentes a la guerra moderna, han constituido un permanente factor de inhibición en las iniciativas tendientes al diseño y construcción de buques de guerra por parte de las potencias pequeñas y medianas, las cuales han debido resignarse a conformar sus respectivos poderes navales sobre la base de unidades principales que responden a la experiencia y capacidad de países con mayor grado de industrialización, lo que indirectamente puede considerarse una subvención a la investigación científica, tecnológica e industrial que desarrollan otras naciones y que generalmente utilizan en su beneficio exclusivo.

La notable brecha tecnológica que actualmente se evidencia -no sólo en el ámbito de la construcción naval y de los sistemas de defensa sino en toda la producción industrial- entre las potencias desarrolladas del hemisferio norte y aquellas que avanzan con un ritmo más lento en el hemisferio sur, tiende a aumentar significativamente en el próximo siglo, lo que sin dudas acarreará un mayor grado de dependencia y un retroceso hacia una suerte de neocolonialismo por parte de las grandes potencias. Para reducir el efecto negativo que la situación descrita conlleva, es necesario que las naciones pequeñas y medianas asuman desafíos tecnológicos de mayor magnitud, enfrentando los riesgos que a ellos podrían asociarse, ya que, la pasividad receptiva de utilizar siempre la experiencia industrial externa -lejos de estimular los propios progresos- restringe la posibilidad de optimizar, bajo el prisma de la relación costo-beneficio, la solución de aquellos problemas que son propios y que la proposición extranjera interesadamente tiende a sobredimensionar.

En el ámbito de la construcción naval en nuestro país, las razones señaladas y la apertura de la economía han estimulado el desarrollo de la investigación y de las capacidades necesarias para emprender algunos proyectos de envergadura mayor, los que al materializarse con éxito generarían repercusiones que exceden con creces el campo de aplicación que los inspiraron. Tal es el caso del proyecto de construcción de un buque de guerra equivalente a una fragata moderna.

La tradicional perspectiva visionaria de nuestra Institución ha permitido cultivar cuidadosamente la capacidad de construcción naval desde 1896, año en que el Presidente de la República, Almirante don Jorge Montt, inaugura el dique N° 1 en Talcahuano, hecho que se concreta con la entrada a reparaciones del monitor Huáscar y del blindado Cochrane. Tiempo después, la necesidad de carenar y reparar el acorazado Almirante Latorre y otros buques de gran tonelaje, determinó que en 1924 se construyera un segundo dique de mayor capacidad. Con ello se completaba un complejo industrial de reparaciones navales cuyos medios permitirían acrisolar la experiencia técnica necesaria para la creación, en 1960, de los actuales Astilleros y Maestranzas de la Armada, ASMAR. Esta última entidad nace con una orientación

más moderna y ambiciosa, ya que agrega a sus tareas permanentes de mantenimiento de naves y sistemas, el desafío de hacer resurgir en el país las actividades de construcción de buques y embarcaciones –suspendidas por los antiguos astilleros de Constitución, Valparaíso y Valdivia desde fines del siglo pasado–, lo que ha ido concretando eficientemente, a lo largo de sus casi 40 años de vida, con los lanzamientos de múltiples unidades concebidas para cumplir diferentes roles al servicio de nuestro país o en otras partes del mundo, contribuyendo así a aumentar y prestigiar la capacidad de la industria nacional.

La necesidad actual de renovar gran parte de la flota, reemplazando aquellos buques que se encuentran cercanos al término de su vida útil por unidades de superficie modernas y operativamente aptas para cumplir eficientemente las misiones previstas, sitúa a la Institución en el clásico dilema de seleccionar la mejor alternativa entre las siguientes opciones: adquirir buques usados; mandar a construir buques al extranjero; construir buques de diseño extranjero en el propio país; construir buques de diseño propio en el país; o materializar de acuerdo a las condiciones imperantes una combinación de las alternativas anteriores.

Las ventajas inherentes a la construcción en el propio país resultan evidentes. Desde el prisma operativo permite un mayor grado de satisfacción de las necesidades específicas, con material nuevo cuya vida útil será necesariamente mayor. Asimismo, se privilegia la opción de seleccionar equipos, sistemas y tecnología, a lo que se agrega la posibilidad de introducir conceptos de diseño y operación, todo lo cual puede aumentar significativamente cuando el prototipo también es propio. Desde el prisma nacional activa significativamente la economía, ya que se incrementa el Producto Interno Bruto, aumenta la transferencia tecnológica y pueden alcanzarse determinados niveles de autonomía, lo que en la práctica se transforma en una fuente impulsora y multiplicativa de actividad laboral que puede generar una rápida reactivación económica al crearse nuevos empleos y oportunidades para la industria productora de partes y elementos.

Para concretar lo anterior el país cuenta con los elementos principales: la capacidad creativa, las instalaciones industriales y un probado nivel de experiencia que irá en aumento en la medida que se materialicen los primeros proyectos de construcción nacional de buques de guerra, aún cuando éstos se inspiren fundamentalmente en diseños y equipamientos externos.

Por otra parte, las condiciones internacionales imperantes, la realidad regional y las excelentes relaciones con las Armadas del Cono Sur de América, abren la oportunidad histórica para aunar esfuerzos tecnológicos con la Marina Argentina y emprender juntos un proyecto de construcción naval binacional que, de resultar factible, podría constituir un importante paso hacia la integración regional y notables beneficios económicos, tecnológicos y de complementación en el ámbito industrial y militar para ambas naciones. Es así como la amistad, unión y cooperación entre los dos países más australes de América, posibilitan hoy en día desarrollar una intensa agenda de aproximación y análisis, la que en un futuro no lejano podrá dar los importantes frutos inherentes a una cooperación leal basada en el respeto y la confianza mutuas.

Las tendencias que caracterizan el escenario internacional, donde los bloques y alianzas estables parecen ser un imperativo para el desarrollo de las naciones, constituyen un verdadero incentivo en el sentido de compatibilizar nuestras capacidades e intereses con las de otros actores regionales, lo que posibilitaría estrechar las distancias tecnológicas con los países más industrializados. Ello constituye otra alternativa válida en la búsqueda de caminos propios destinados a concretar un poder naval moderno y eficiente, con la mayor independencia logística y con menores costos de mantención y operación, a través del fortalecimiento de nuestra industria y de la obtención de los múltiples beneficios nacionales inherentes a los proyectos de esa naturaleza.